

Las Leyes del Desarrollo Capitalista y las Políticas Económicas 'Neoliberales' Reflexiones en Torno al Caso Mexicano

Fernando Carmona*

“Hincha la especulación los títulos de riqueza cotizables en Bolsa, fuera de toda relación con el producto real de la suma de riqueza que representan, y se crea así todo un mundo mercantil vacío, que va del valor real del título a su valor ficticio [...]”

*“Esperanzas y lujos son humo, y no es malo, cuando no tienen base, que desaparezcan; pero los pueblos de obreros son seres reales, que al caer a la tierra y sin pan, del seno de esa bomba de jabón, se levantan rugiendo y con los puños cerrados de la lastimadura”.**

José Martí (1885)

Martí el poeta, el periodista, el revolucionario excepcional, cubano y latinoamericanista quien escribía las palabras recogidas en el epígrafe de estas notas cuando apenas rebasaba los treinta

* Investigador Titular del Instituto de Investigaciones Económicas IIEc de la Universidad Nacional Autónoma de México. Ponencia presentada en el Tercer Congreso de la Asociación de Economistas de América Latina y el Caribe. La Habana, 23-26 de noviembre de 1987.

* José Martí, “El problema industrial en los Estados Unidos”. Carta al director de *La Nación* (Buenos Aires), fechada en Nueva York el 19 de septiembre de 1885. *Obras completas*. Tomo 10, *En los Estados Unidos*. Editorial de Ciencias Sociales. La Habana 1975, p. 304

años de edad, sin ser un economista nos legó un pensamiento y un ejemplo de acción que noventa y ocho años después tienen vigencia, en particular en un foro como el que reúne en La Habana a centenares de economistas latinoamericanos.

En las cartas del prócer al periódico *La Nación* de Buenos Aires recogidas en sus *Escenas norteamericanas* y en otros escritos, dejó amplias evidencias de que supo entender hechos fundamentales del tránsito al capitalismo monopolista en los Estados Unidos, como el papel del comercio internacional y el proteccionismo, el de la especulación financiera que en nuestros días ha alcanzado niveles insólitos —como sin precedente es también el derrumbe durante las últimas semanas en las bolsas de todos los principales países del capitalismo— o bien el de la recurrencia de la crisis. “Cuando, a lo menos, dice Martí en ese mismo trabajo, queda después del descubrimiento del valor ficticio de los títulos un valor real y constante, cabe al fin, aunque con muchos dolores, en la merma general; en el cercén a nivel de dividendos y salarios, el remedio [...]”.

Observaba Martí que “[...] los mismos que llenaron el mercado de acciones infladas sin base real [que “si bien deslumbran con sus primeros arranques y beneficios, no pueden crear una prosperidad segura”], vendidas ricamente por la astucia y falsificaciones de las compañías emisoras, no saben hoy mismo qué hacer ni con el dinero que merced a ellas han acumulado, ni con las acciones buenas, que en la baja y zozobra generales, han seguido en la mala fortuna a las dudosas o malas”; “[...] el mal crece, señala en otras páginas, porque ni depende de este país solo, ni la mente americana es fuera de su tierra tan perspicaz y atrevida [...]”¹ Y a la percepción martiana de liberal avanzado, revolucionario, no escapó la crítica a la política económica del gobierno yanqui y de otros países, que sin embargo enmarcaba en aquellos fenómenos generales, inspirado, puede decirse, en concepciones que no eran las ahistóricas o antihistóricas del neoclasicismo y la *economics* sino las bien fundadas en el proceso histórico de la Economía Política.

¹ Carta a *La Nación* del 29 de mayo de 1885. *Ob. cit.*, pp. 242 y 243.

Desde luego durante el siglo transcurrido el mundo se transformó profundamente. También los conceptos, las bases, la orientación y objetivos de un pensamiento económico y de la política económica, que sin embargo se bifurcan cada vez más por caminos antitéticos, matizados por distintos factores históricos. En este siglo, recordemos, el capital monopolista prosiguió su azoroso desenvolvimiento y su cada vez mayor ‘internacionalización trasnacionalizadora’ —podría decirse— hasta configurar, dos décadas después de que Martí escribiera aquellas líneas, el sistema mundial del imperialismo, con su cauda de conquistas, guerras, armamentismo, sometimiento de pueblos y continentes enteros, y crisis de distinto tipo así como rivalidades y contradicciones de todo género, unas secundarias y otras antagónicas, en verdad inzanjables. Las viejas potencias hubieron de ceder su hegemonía a las más pujantes, con los EUA a la cabeza desde hace casi medio siglo. Y a la par con la expansión de las fuerzas productivas se incrementó el despilfarro de recursos, la especulación y el parasitismo.

A partir de la Primera Guerra Mundial surge el primer Estado socialista y en el planeta echa raíces un sistema de países en los que el capital monopolista no puede imponer su férula y que se desarrollan bajo otras leyes históricas, en un proceso con hondas repercusiones, del que Cuba es el primer exponente en tierras de América. Baste considerar que estos países realizan ya más del 40 por ciento de la producción industrial del mundo y que hoy se aprestan a impulsar la aplicación en los procesos económicos y sociales de la revolución científico-técnica en curso desde hace varios decenios.

Este cambio histórico fundamental es el factor básico que explica que pese al inmenso peligro de destrucción de la humanidad en esta era nuclear, es un hecho constatable que la correlación internacional de fuerzas se altera progresivamente en contra del imperialismo, cuyo poderío, ejercido con particular y en apariencia creciente e inapelable fortaleza sobre los países subdesarrollados, afronta obstáculos cada vez mayores. Desde 1946 se dio comienzo a la ‘guerra fría’ contra el socialismo, suavizada a principios de los setenta y reiniciada ominosamente por el gobierno de Ronald Reagan en los ochenta.

Pero el escenario político y socioeconómico mundial sufrió

un irreversible cambio con los esfuerzos de liberación nacional, encarnados no sólo en los pueblos sino incluso los gobiernos de muchos países del Tercer Mundo, que infligieron una histórica derrota al colonialismo y acabarán también por derrotar al neocolonialismo que enmarca las políticas económicas de la mayoría de los países de Nuestra América. Y la movilización confluyente de los pueblos y un número progresivamente mayor de gobiernos de los tres 'mundos', el 'Segundo' socialista, el Tercero de países capitalistas subdesarrollados y aun del 'Primero' de los capitalistas industrializados, da crecientes bríos a la lucha por el desarme universal y la paz.

Las leyes históricas determinan una nueva etapa del capitalismo

No basta la crítica a las actuales políticas 'neoliberales' de cada contexto nacional y por sí mismas, como si se tratara de fenómenos independientes de las leyes objetivas que han determinado esos colosales cambios, profundizado y extendido en todo el complejo sistema del imperialismo viejas contradicciones y engendrado nuevas, y que en la perspectiva ante nosotros abren posibilidades antes inexistentes, creadas por la crisis capitalista que se vive desde hace varios lustros y que habrá de continuar en el futuro. Una primera gran tarea es pugnar por cambios trascendentes en las políticas económicas vigentes en nuestros países.

El crecimiento de las fuerzas productivas en ambos sistemas internacionales, apoyado en las distintas etapas recorridas en sendas revolucionarias de la ciencia y de la técnica, ha sido descomunal y aquéllas entraron en creciente contradicción con las relaciones de producción en cada sociedad y en el escenario del mundo, a veces con especial intensidad como en la actual fase histórica mundial. Concretamente en la imperialista, en este siglo y sobre todo en la larga posguerra iniciada en 1945, el capital y las relaciones de producción se internacionalizaron en forma sorprendente, aumentó la interdependencia de los países y a la vez se extremó la desigualdad del desarrollo sin borrar

sino al contrario, ahondando el abismo entre los desarrollados dominantes y los subdesarrollados dependientes.

Un aspecto que no puede dejar de mencionarse en este proceso, es el de que la agravada contradicción fundamental entre las fuerzas productivas y las relaciones sociales de producción en el plano nacional determinó el tránsito, al comienzo —durante la Primera Guerra— en algunos países europeos beligerantes, más tarde en todos los países desarrollados y ya en la segunda posguerra en varios subdesarrollados del Tercer Mundo como México y otros latinoamericanos, a una etapa de capitalismo monopolista de Estado; y en el plano mundial, el que dicha contradicción fundamental se expresa cada vez más en la forma de una profunda contradicción entre el capitalismo y el socialismo. La sola comprensión correcta de este hecho ayudará a orientar más certeramente y a descubrir posibilidades al esfuerzo por incorporar a nuestros pueblos en la lucha por una nueva política económica y un Nuevo Orden Económico Internacional.

Las contradicciones del socialismo se han resuelto o, de nuevo, como en los actuales momentos de *rectificación* y de *perestroikas* —valga generalizar— se acometen sobre bases radicalmente distintas de las capitalistas, y con las políticas económicas, sociales y culturales planificadas e integrales que sólo son posibles mediante la erradicación de los monopolios y del propio capital, sobre bases ciertas y controlables por la sociedad, aunque desde luego con grandes dificultades, condicionadas por los muy diversos niveles de desarrollo y circunstancias históricas específicas de cada formación social en este sistema, y con errores y fallas que ahora, como en Cuba, se lanza a corregir.

Las contradicciones del capitalismo y sobre todo la fundamental, se afrontan por otras vías que incrementan el parasitismo, la especulación y su descomposición, en las que nuestros países —la parte más débil— pagan el más dramático e injusto precio de la descarga sobre nosotros de las peores consecuencias de la crisis del sistema al que pertenecemos. Las vías abiertas por las respectivas clases dominantes-dominadas, que nos son familiares a quienes padecemos sus consecuencias en carne propia en cada una de nuestras naciones lati-

noamericanas y caribeñas subdesarrolladas, estructuralmente dependientes, endeudadas en una escala sin precedente, sometidas al capital monopolista trasnacional cada vez más asociado con el nacional, y sumidas en una larga y compleja crisis que en casi todos nuestros países se ataca, desde hace algunos años, mediante políticas económicas llamadas 'neoliberales', o también 'de ajuste', con pretensiones de 'cambio estructural' y 'reconversión industrial', que reafirman el poder del capital trasnacional y nacional y le ayudan a restablecer su capacidad de reproducirse generando nuevas contradicciones y tropezando con límites que se tornan más estrechos por la acción de las leyes económicas determinantes de las crisis, cuyos efectos —reiteramos— se multiplican en las más débiles sociedades subdesarrolladas.

Por lo tanto necesitamos reflexionar ahora sobre qué significa el mencionado tránsito al capitalismo monopolista de Estado, las implicaciones de este hecho histórico por cuanto a la política económica en nuestros países y lo que podemos entender por 'neoliberalismo'. Así sea de una manera esquemática y acaso elemental que inevitablemente simplifica demasiado lo que son fenómenos sociales de extraordinaria complejidad, creo que la consideración de las más importantes leyes del desarrollo capitalista como lo que son, como determinantes no mecánicos ni lineales del curso de la economía y de sus crisis, puede dar solidez al análisis de las políticas económicas que se han internacionalizado en el curso de la crisis actual, sobre todo en los ochenta.

Hay cuestiones que a mi juicio es imprescindible enfatizar. La no correspondencia automática del desenvolvimiento de las fuerzas productivas con las relaciones sociales de producción es una ley general, que opera tanto en el capitalismo como en las formaciones sociales socialistas tal y como ellas existen hasta hoy, aunque en éstas pierde su carácter antagónico (lo que no quiere decir que no se manifieste a veces con extraordinaria conflictividad, como se ha visto durante los últimos años en Polonia y en momentos anteriores en otros países de este sistema). La ley del valor es otra de esas leyes generales que rigen en ambos sistemas, aunque también en condiciones históricas muy distintas y en un campo más restringido bajo el

socialismo donde las relaciones mercantiles tienen menor peso y tienden a disminuirlo en el proceso planificado de formación del mercado socialista. En cambio, puede decirse por ejemplo que la ley del desarrollo desigual dejó de ser vigente en este último sistema, donde la planificación integral es una categoría histórica que por encima de fallas y errores, expresa un verdadero control social y no es un mero y pretendido instrumento de la política económica como en el capitalismo. Sin embargo, esta circunstancia obliga a la búsqueda continua de los mejores mecanismos de gestión económica.

Por supuesto en los dos sistemas operan leyes secundarias como las de la oferta y la demanda y otras más, sobre lo cual como sobre lo antes escrito, nuestros colegas cubanos tendrán mucho que decirnos con plena autoridad. Lo que empero queremos es reflexionar en estas páginas, sumariamente, sobre algunas implicaciones para la política económica de la existencia de leyes objetivas del desarrollo en el capitalismo, en el del desarrollo metropolitano y en el subdesarrollo estructuralmente dependiente de la gran mayoría de nuestros países.

Una primera cuestión de insoslayable importancia es que la cada vez más profunda e internacionalizada contradicción fundamental originada en el carácter cada vez más socializado de la producción y cada vez más privado de la apropiación del producto social, constituye el marco histórico en el que se desenvuelven las contradicciones y luchas de clases del sistema en que vivimos. La ley de la no correspondencia entre las fuerzas productivas y las relaciones sociales de producción, tanto más en las condiciones de una creciente rivalidad internacional de los monopolios en expansión, de dos guerras mundiales, de agudas luchas de clases y del socialismo como la tangible alternativa al capitalismo, empujó hacia la etapa del capitalismo monopolista de Estado primero, pero no exclusivamente en las metrópolis, como ya se dijo, en un proceso que se inicia hace más de siete décadas, adopta formas diversas y atraviesa por varias fases. En verdad todo, o casi todo este largo periodo es también el de la crisis general del capitalismo que cada vez más enmarca y aun cumple un papel determinante —acaso sobredeterminante— en el desarrollo de las crisis cíclicas y en la de los mecanismos reguladores del sistema, característica

muy destacada de la ya muy prolongada crisis estructural en la que vivimos².

Esta nueva etapa histórica implicó la mayor intervención del Estado capitalista en el proceso económico y en el conjunto de la sociedad civil, muy especialmente en el proceso de acumulación de capitales imbricado en múltiples planos, en formas directas e indirectas y al través de numerosos instrumentos y mecanismos, desde luego no sin frecuentes contradicciones secundarias con las corporaciones monopolistas privadas, a su vez urgidas por la competencia y por la revolución científico-tecnológica, de una cada vez más grande transnacionalización apoyada activamente en y por el Estado metropolitano, y asimismo en y por la aceptación, la complacencia o al menos la anuencia de los Estados de otros países del sistema, tanto desarrollados como subdesarrollados. Desde luego las luchas de clases internas agravadas por las guerras, las mutaciones en la sociedad clasista, y las crisis y el desempleo favorecieron también el intervencionismo estatal.

La política económica del Estado asimismo experimentó una profunda transformación, al incrementarse desmesuradamente su tamaño, la complejidad de sus aparatos, la composición y monto de sus inversiones y gastos, su participación en los asuntos nacionales y más y más en los internacionales, íntima e indisolublemente entrelazados con aquéllos. Desde hace décadas algunos ideólogos del capitalismo empezaron a hablar de la 'economía mixta'. En especial después de la Gran Depresión en los treinta, la política económica adquirió un tinte keynesiano, bien por vertientes liberales y más o menos democráticas o bien por caminos fascistas y autoritarios, generalizado durante la posguerra, después de la derrota del fascismo y la transformación del socialismo en un sistema internacional, con la caracterización política e ideológica del 'Estado benefactor', que pudo ostentarse en muchos países, aun subdesarrollados, como un hecho perceptible sobre todo en las dos décadas o algo más, en que el capitalismo monopolista alcanzó un crecimiento

² Cf. Alonso Aguilar Monteverde, *Teoría leninista del imperialismo*. 1a. ed. Editorial Nuestro Tiempo. México, 1978, particularmente pp. 151-184 y 423 y ss.

rápido y más o menos estable, antes de la irrupción de la crisis actual a finales de los sesenta.

La política económica estatal se transforma

La expansión del capital monopolista metropolitano y la política económica y social estatal que la possibilitó, hubieron de topar con los límites irrebables que tiende el propio capitalismo, y que en nuestros países subdesarrollados son aún más estrechos. Pero retengamos la idea de que el alcance de la política económica se amplió considerablemente en esta etapa y hoy tiene componentes como éstos: las inversiones y gastos del Estado, productivos e improductivos, lo mismo que las medidas monetarias, financieras, crediticias, fiscales, comerciales, laborales, de fomento de la investigación básica y aplicada, desde luego el armamentismo con el que ésta se vincula tan directamente, el inmediato auxilio a empresas en dificultades graves e incluso la estatización parcial o total de algunas cuando fue necesario, o la creación de nuevas en variadas esferas de actividad transferidas o no más tarde al capital monopolista privado —es decir, 'reprivatizadas' o no—, cuando escapa a las posibilidades de éste y son indispensables para la estabilidad o la reproducción del sistema, y los complejos programas anticíclicos y aun la supuesta 'planificación' del desarrollo.

En esta etapa también se amplió la política social hasta abarcar lo mismo la seguridad social, el seguro al desempleo (en las metrópolis desarrolladas), los programas de vivienda y otros servicios sobre todo para los más pobres, que el impulso al sistema de educación pública y las facilidades otorgadas a las instituciones educativas privadas, que surge como una necesidad política impuesta por las demandas y luchas populares y como una necesidad económica reclamada por el desarrollo del capital monopolista en las condiciones de la revolución científico-técnica. Y también comprende las medidas de espionaje y represión de opositores reales o potenciales, el control de sindicatos y otras organizaciones sociales, el mayor despliegue ideológico que desde la posguerra gira en torno a la constante prédica contra el 'totalitarismo comunista' (e incluso el fas-

cista) y la pretendida defensa de la democracia, los derechos humanos, la libertad de individuos y empresas.

Singular importancia adquiere en la política global del capitalismo monopolista de Estado metropolitano la política económica, diplomática y militar internacional que incluye la concertación entre los Estados del 'primer mundo', de directrices generales y aun disposiciones concretas en diversos campos, lo mismo que la participación conjunta de éstos en los organismos internacionales que dominan, como el FMI, el Banco Mundial, el GATT y otros —también en los que sólo ejercen una poderosa influencia para evitar acciones contrarias a sus intereses—, como la adopción de esquemas de integración económica en niveles mucho más altos que los logrados por el Tercer Mundo, aun por Nuestra América tan identificada por una historia y problemas comunes como los muy actuales de la deuda externa y el intercambio desigual.

Pero todo esto, en que se expresa la acción del Estado convertido en la presente etapa, cada vez más, en el "capitalista colectivo ideal" que explicó Engels hace un siglo, no pudo evitar el agravamiento de contradicciones ni el desencadenamiento de la crisis capitalista actual. De esta acción globalizadora dependieron los mecanismos regulatorios del desarrollo del sistema, en cuyo funcionamiento el Estado y los monopolios son el eje central y marcan el rumbo de la política económica, mecanismos propiamente monopolista-estatales en la presente etapa, que durante varios periodos tuvieron un apreciable éxito como factores contrarrestantes de la tendencia al descenso de la tasa de ganancia, que es otra de las leyes cardinales del capitalismo, aun del monopolista de Estado, tendencia presente en toda la posguerra en cada uno de los países desarrollados miembros de la OCDE, particularmente en los años de recesiones y sobre todo desde finales de los sesenta y en los setenta.³

Cada aspecto básico de esa política económica engendra contradicciones y topa con sus propios límites. Tal es el caso,

³ Entre otros trabajos véase: A Shalk, "La actual crisis económica mundial: causas e implicaciones". *Investigación Económica*. Facultad de Economía, UNAM. México, No. 165, julio-septiembre de 1983. También Arturo Guillén, *Imperialismo y ley del valor*. Editorial Nuestro Tiempo. México, 1981, cap. VI y ss.

por ejemplo, de la expansión del gasto estatal a cuenta de subsidios al capital y al consumo y por supuesto del armamentismo, administración y otros —improductivos y productivos, insistimos— causantes de grandes déficit presupuestales; el mantenimiento primero y el abandono después de la convertibilidad del dólar en oro y de los de tipos de cambios fijos, hace casi dos décadas y que ya como datos expresivos de la crisis actual, acabaron por exacerbar los procesos inflacionarios en la escala de todo el sistema; la liberación del crédito estatal y privado nacional e internacionalmente, que junto con lo anterior determinó la inaudita elevación de las tasas de interés y la incapacidad de deudores como los países subdesarrollados, a menudo incluso para cubrir el 'simple' servicio de intereses; la ruidosa proclamación del librecambismo concluyó en el fortalecimiento del proteccionismo; el aliento a la incorporación de nuevas tecnologías para aumentar la productividad acrecentó el desempleo, el subempleo y el gasto social.

Tal es el resultado, dialéctico podríamos decir, del desenvolvimiento de las políticas económicas de las metrópolis del capital monopolista de Estado transnacional, que en cada nueva fase ve multiplicarse las consecuencias de una contradicción fundamental resultante del funcionamiento inexorable de la ley, también fundamental, del desarrollo capitalista, a que conduce la cada vez mayor explotación y productividad de la fuerza de trabajo empujada por un capital más y más concentrado y ramificado a lo largo y ancho del sistema, lo cual dificulta la valorización de los gigantescos excedentes, acrecienta el capital ficticio alejado de una función productiva y los fenómenos especulativos a que se refirió Martí, hasta las increíbles proporciones que llevaron al *crack* de las bolsas de valores de las metrópolis, en que apenas unos cuantos días de octubre de 1987 se experimentarían pérdidas de unos 2 billones de dólares: el doble de la abultada deuda externa de todo el Tercer Mundo.

Lo que no hacen las políticas económicas anteriores a las 'neoliberales' y menos aún éstas, es atacar a la fuente de esas contradicciones: el capital monopolista. La sedicente programación e incluso 'planificación' —anticíclica— del desarrollo se evidencia cada vez más como la planificación de la anarquía, que añade su nada deleznable aporte a la compleja, honda y

prolongada crisis capitalista actual, de la que ni siquiera puede descartarse con seguridad una depresión de las proporciones de la de los años treinta.

La internacionalización capitalista generaliza el 'neoliberalismo'

En los años setenta quedaron sentadas las premisas del monetarismo y del 'neoliberalismo', que pretende corregir esos desajustes y contradicciones tan profundos 'curando la enfermedad con más veneno' y que en el plano político irrumpe primero en las metrópolis con los gobiernos de la 'dama de hierro' Margaret Thatcher, la líder del Partido Conservador de la Gran Bretaña, y en tierra de Nuestra América con el espadón fascista Pinochet, en todos los casos con sus secuelas de tecnócratas subordinados a la clase dominante-dominada, en verdad *neoconservadores* a quienes en tierras latinoamericanas se conoce con gracia como los 'Chicago boys'⁴

Como epifoco que todavía es del sistema imperialista, aunque sometido a un constante deterioro de su antes incontestable hegemonía, con el gobierno de la 'nueva derecha' estadounidense encabezado por Ronald Reagan dispuesto a restablecerla a cualquier costo, apoyado firmemente por amplias fracciones de la oligarquía financiera que junto con la recuperación de la economía y otros factores posibilitó incluso su reelección y pertrechado con las tesis del 'ofertismo', la contrarrevolución monetarista y 'neoliberal' pasó a ser el núcleo básico de la política económica estatal de los EUA desde 1981, de la llamada *reaganomics*, 'neoliberalismo' que por intermedio del FMI y otros organismos internacionales, la banca transnacional misma, la acción concertada de los Estados de las naciones

⁴ Escribe un economista norteamericano, John Mc Kinney, en un ensayo publicado en el libro *The Chicago School of Political Economy*: "La Universidad de Chicago es única entre las universidades de Estados Unidos por haber producido una 'escuela' genuina de economistas [...] quizás mejor conocida por su 'monetarismo' [...]. Sin embargo, más significativamente, los miembros se adhieren en varios grados a una filosofía social, algunas veces llamada *neoliberalismo* o paradójicamente, *neoconservadurismo*". Tomado de René Villarreal, *La contrarrevolución monetarista. Teoría, política económica e ideología del neoliberalismo*. Ed. Océano. México, 1985, 4a. ed., p. 85.

capitalistas desarrollados y la gustosa —o resignada— aceptación de las fracciones oligárquicas hegemónicas y los gobiernos de los países subdesarrollados, cada vez más subordinados y convertidos en socios menores de los monopolios metropolitanos, se imponen sobre nuestros pueblos.

Vale la pena detenernos un momento, como una manera de contar con más concretos elementos para una más adecuada comprensión de las determinaciones que emanan de las leyes del desarrollo capitalista sobre las políticas económicas 'neoliberales', en algunos escuetos aspectos de la internacionalización de las economías capitalistas mediante la siguiente tabla:

Crecimiento de las relaciones económicas internacionales⁵

(Por cientos de aumento, en dólares constantes, del último año respecto al primero en cada periodo)

	1950-60	1960-70	1970-80	1980-85
Exportaciones mundiales	56.4	78.5	222.2	-27.3
Crédito internacional	n.d	n.d	450.2	24.9
Inversiones directas de los EUA en el exterior y del exterior en los EUA	n.d	n.d	65.0	6.9
PIB países industrializados	50.5	59.8	34.6	12.8

Fuentes: Estadísticas Financieras Internacionales, anuarios de 1986 y otros. FMI y *Survey of Current Business*, varios números. Departamento de Comercio de los EUA.

Nota: n.d. Información no disponible en las fuentes anteriores.

El lenguaje de las estadísticas (como adultos que somos los economistas quienes, más que otros mortales, 'no podemos hablar sin cifras', diría Saint Exupery) nos permite captar sintéticamente cómo en los años ochenta se detuvo la co-

⁵ Tomado de Orlando Caputo Leiva y Jaime Estay Reyno, "La economía mundial capitalista y América Latina". Ponencia publicada en *Seminario Internacional sobre la Crisis en América Latina*. Facultad de Economía de la UNAM y Programa de Estudios de Economía Internacional de la Universidad Autónoma de Puebla. México 1987. Versión preliminar. Tema I, primera ponencia, p. 14. Las cifras en dólares que sirvieron de base a los cálculos son a precios de 1980.

riente de inversiones extranjeras de las metrópolis respecto a la década previa, tanto las directas que a mediados de la década no habían logrado recuperar su nivel de 1980, e incluso las indirectas, mientras que se acentuaba la declinación que en este propio decenio experimenta la producción de bienes y servicios de los países desarrollados, y el comercio internacional capitalista de mercancías se desplomaba, en ambos casos en comparación con los tres decenios anteriores.

Nos interesa sobre todo subrayar que la que muchos identificamos como la crisis *actual* del capitalismo, se refleja clara aunque esquemáticamente en los datos de los setenta. Una expresión sobresaliente de dicha crisis es el contradictorio movimiento de las inversiones extranjeras de las potencias desarrolladas, que de un lado fundamentalmente se concentran, en el caso de las directas, en el propio 'primer mundo' de países industrializados y en el de las indirectas en el Tercer Mundo; y del otro, pese a tres recesiones durante la década pasada y el consiguiente menor ritmo de crecimiento del conjunto de países desarrollados en esos años —por cierto de menos de la mitad del alcanzado por la América Latina—,⁶ alentaron la intensificación del comercio internacional en forma insólita, porque entre otras cosas dichas inversiones metropolitanas contribuyeron a financiar el desarrollo de nuestros países, y al mismo tiempo los déficit comerciales y en cuenta corriente de éstos, así como al mantenimiento de una larga estabilidad cambiaría en algunos países como México.

Si bien no nos proponemos en este trabajo analizar la crisis actual ni tampoco los problemas de la deuda externa e interna latinoamericana, objeto de otras mesas de discusión, para ilustrar nuestro argumento sobre la acción de las leyes del capitalismo en las políticas económicas, creemos pertinente insistir en este aspecto de la internacionalización o transnacionalización del proceso de acumulación capitalista. No es por demás recordar que en los años setenta la movilización de capital metro-

⁶ Según estimaciones recogidas por Caputo y Estay, apoyadas en información del FMI, la OCDE y el *Swiss Bank Corporation*, en 1970-80 el conjunto de países industriales logró un incremento del PIB a precios constantes de 34.6 por ciento —contra 59.8 por ciento en el decenio anterior—, América Latina, 77.3 por ciento y los países 'en desarrollo' 68.4 por ciento, *Ob. cit.*, cuadro 1, p. 2.

politano superó a toda la previa de la larga etapa imperialista: quizás alrededor de unos 240 mil o más millones de dólares en inversiones extranjeras directas y más de 400 mil millones de dólares en las indirectas (ambos datos a precios corrientes).⁷

A Nuestra América incluido el Caribe, en 1970-1980 tal vez se trasladó alrededor del 60 por ciento de la inversión extranjera directa realizada por los monopolios transnacionales norteamericanos, europeos y japoneses en todo el Tercer Mundo y un 50 por ciento de la indirecta. Podría considerarse que los países latinoamericanos absorbieron en esos diez años unos 45 o 50 mil millones de dólares en inversiones directas de los monopolios transnacionales y unos 200 mil millones en préstamos, o sea una masa de capital extranjera que aun en términos reales puede ser varias veces mayor que la acumulada en toda su historia previa. Tan sólo el capital monopolista de los EUA concentraba en Lationamérica y el Caribe, en 1980, el 68 por ciento de sus empresas en todo el Tercer Mundo, el 40 por ciento de las ventas, el 62 de los trabajadores y el 65 de los activos de éstas.⁸ Ningún otro de nuestros países supera a México en el volumen de transacciones financieras y comerciales con los EUA.

Debe entenderse que tales gigantescos movimientos de un capital que es extraño a nuestros pueblos, corresponden a inversiones que en lo fundamental no son de capital monopolista 'simple' o disperso sino de capital monopolista de *Estado* transnacional; que desafortunadamente lejos están de ser expresiones de una fecunda y extensa cooperación entre las naciones que sólo un genuino Nuevo Orden Económico Internacional podría asegurar, sino que lo son del viejo orden internacional imperialista llevado a sus extremos; que esas inversiones nos cobran un elevado precio en términos de profundización de la dependencia estructural que se manifiesta en el endeudamiento del Estado y las empresas privadas con la banca tras-

⁷ Cf. F. Carmona, "La crisis general y las estrategias internacionales de desarrollo". *El informe Brandt y el Nuevo Orden Económico Internacional*. Editorial Nuestro Tiempo, México 1981, pp. 103-147.

⁸ Véase: F. Carmona, "Avalancha del capital transnacional norteamericano sobre Nuestra América". *Estrategia*. México, Año VIII Vol. 8, N°44, marzo-abril, 1982, pp. 22-36. De este trabajo provienen las cifras mencionadas en todo el párrafo.

nacional, el fortalecimiento de la monopolización interna, la mayor subordinación comercial y tecnológica y de las políticas económicas nacionales; que es creciente la vulnerabilidad de nuestras economías en la actual crisis, dramática la frustración del desarrollo de nuestros países y abismal el ahondamiento de nuestra desigualdad respecto a las metrópolis financieras.

Tampoco son movimientos meramente espontáneos, pues se apoyan y amparan tanto en una estrategia y una concreta política económica de esas mismas metrópolis, como en la imperante en la gran mayoría de nuestras naciones subdesarrolladas, que salvo excepciones hasta la década anterior no profesaba el 'neoliberalismo', por más desarrollista que dicha política fuera en la práctica.

Apenas es necesario aclarar que el liberalismo es tan antiguo como los albores capitalistas, y que como se afirma por ejemplo en la *Encyclopaedia Britannica*, en "Lo político los principios que guían el liberalismo histórico ha sido su reiterada insistencia en limitar el poder del gobierno". Con el capitalismo monopolista y más aún con el capitalismo monopolista de Estado, empero, se incorporaron al campo de acción de éste los crecientes elementos tendientes a atemperar las luchas de clases y suavizar las crisis cíclicas del 'Estado benefactor' y las llamadas 'economías mixtas', que en nuestros países son en algunos casos como el de México un temprano producto de un movimiento revolucionario burgués y en éste y otros países, sobre todo después de la Segunda Guerra, de un deliberado propósito de evitar el estallido social y nuevas revoluciones, tanto en la forma de modalidades de una estrategia de las clases dominantes-dominadas como de las objetivas necesidades de un cierto reformismo de parte del capital monopolístico transnacional y nacional contemporáneo, que por ejemplo se reflejan en la 'Alianza para el Progreso' kennediana a principios de los sesenta, al triunfar la Revolución Cubana.

El 'liberalismo social' fue la nueva variante general del liberalismo, casi siempre en nombre de las llamadas 'economías mixtas' que confieren una mayor participación al Estado y que cada vez está más próximo a la definición que la propia enciclopedia hace del conservadurismo: "la preferencia por las

instituciones y prácticas creadas históricamente y que por esto son manifestaciones de continuidad y estabilidad".

No sólo pues, los gobiernos más conservadores sino también no pocos advocantes del liberalismo social y socialdemócratas de hoy, tanto en los países desarrollados como en los subdesarrollados realmente devinieron neoconservadores, que en el caso de los latinoamericanos practican las políticas 'neoliberales' de 'adelgazamiento' del Estado, multiplican las concesiones al capital privado nacional y extranjero y se esfuerzan por cumplir los compromisos internacionales en que se manifiesta su congénita subordinación, a cualquier costo.

La mexicana, una política económica 'prototípica'

Por lo antes dicho es válido llamar primero la atención a la circunstancia de que la crisis internacional de la deuda externa de los países subdesarrollados tiene su primer anuncio, se recordará, con la suspensión de pagos decretada precisamente por el anterior gobierno mexicano en agosto de 1982. Son seis años continuos de esta crisis que involucra fenómenos muy profundos, como hemos procurado explicarlo. Numerosos países en este lapso entraron, en un momento u otro, en moratoria, suspendieron pagos y buscaron diversos reacomodos. Las negociaciones de la deuda exterior han sido y son interminables y algunos gobiernos fijaron límites para su servicio. Sabemos que el Tercer Mundo en conjunto debe ya alrededor de un billón de dólares y la América Latina el 40 por ciento de ese total. El saldo no cubierto de la deuda exterior de México representa más del 10 por ciento del total de los países subdesarrollados y algo más de una cuarta parte de la deuda latinoamericana, que es la que en primer lugar preocupa a la banca transnacional y sobre todo a la de los Estados Unidos.

Como el de la política económica en conjunto, el de la deuda exterior es desde luego un problema económico, pero por encima de todas las cosas es —y así se reconoce con cada vez mayor amplitud— un problema político: político internacional y político en cada uno de nuestros países, en México de manera singular dadas sus condiciones de principal deudor.

Baste citar al presidente norteamericano Reagan, quien tanto ha presionado a los países deudores y que al inaugurar hace unos meses las asambleas anuales simultáneas del FMI y del Banco Mundial efectuadas en Washington, decía que “el pago de la deuda externa, no es sólo un problema del Tercer Mundo, es también nuestro”.

La situación mexicana es muy similar a la de otros países subdesarrollados, especialmente los que tienen deudas mayores como Argentina, Brasil y otros. Es cierto que algunos deben más que México en proporción al número de sus habitantes, con ‘per cápitas’ bastante mayores que el mexicano; pero el nuestro es un tributario imprescindible de la banca transnacional y paga cantidades sorprendentes en la forma de intereses, que representan proporciones altísimas de toda su exportación no sólo de mercancías, sino también de servicios, al punto de que este aspecto de la deuda externa tanto por el elevado monto de ésta como por las altas tasas de interés, se ha convertido en el principal instrumento de exacción de recursos de capital por las metrópolis, provenientes del trabajo de nuestro pueblo.

En una escala mucho mayor que en ninguna otra etapa previa México, donde se acumuló una inversión extranjera directa que en 1987 asciende a más de 18 mil millones de dólares (dos tercios de ella de los EUA) y una deuda externa que en este año se calcula llegará a los 108 mil millones (en gran parte con la banca estadounidense, acaso más del 50 por ciento), es ahora exportador neto de capital, a cuenta, en primer lugar, de dichos intereses, a lo que se añaden los dividendos remitidos por las empresas extranjeras y las cuantiosas fugas de capital efectuadas por los ricos, y cumplido pagador de regalías y otros conceptos que superan con creces al incremento neto de la deuda exterior, las nuevas inversiones directas de las empresas transnacionales y otras entradas, situación que comparte con otros países latinoamericanos.

Pero acaso lo específico de México es que el nuestro es el más importante país latinoamericano exportador de capitales a los EUA y otras metrópolis. Esto ocurre cuando los precios del petróleo —fuente principal de divisas desde 1978— y otros productos primarios de exportación se abaten, y los de las importaciones, básicamente producciones de las transnacio-

nales, aumentan. Más aún, en nuestro país más de la mitad de las exportaciones de productos industriales son efectuadas por transnacionales de la automotriz, la química y otras, favorecidas por la política estatal, como las maquiladoras que han proliferado desde 1983, y sin olvidar que incluso la exportación industrial, minera y agrícola de productores privados y estatales mexicanos está sometida, en su mayor parte, a las condiciones, los canales y las reglas establecidas por los monopolios internacionales.

Habría que considerar todavía el papel profundizador de esa dependencia estructural del turismo —vinculado cada vez más al capital extranjero— y la emigración temporal y aun permanente de millones de trabajadores mexicanos a los EUA, donde son considerados no como simples ‘indocumentados’ que constituyen una fuerza de trabajo sumamente barata —que también aporta plusvalía al capital norteamericano— sino como ilegales, a los que se persigue, humilla, explota y deporta en cualquier momento.⁹

Así, desde 1982, como antes y después otros países y el propio México —en 1976—, con el financiamiento exterior limitado o cortado de cuajo por los acreedores, con gobiernos temerosos e incapaces de encabezar reformas estructurales en verdad profundas y con burguesías cuyas fracciones hegemónicas se subordinan cada vez más a las transnacionales, y que exaltan el credo ‘neoliberal’ reaganiano (“las fuerzas del mercado aseguran el mejor y más eficiente mecanismo para promover el desarrollo económico global”) fueron llevados a suscribir las célebres cartas de intención y a implantar la política de ‘ajuste’ acordada con el FMI, condición ineludible para obtener el aval

⁹ Para una sumaria consideración del conjunto de consecuencias de la relación dependiente de México con los EUA, entre otros trabajos de quien esto escribe véase: “El capital monopolista: eje de las relaciones económicas de México y de los Estados Unidos”. *Problemas del Desarrollo*. Revista Latinoamericana de Economía. Instituto de Investigaciones Económicas, UNAM. México, año XV, N°. 59, agosto-octubre de 1984, pp. 77-118. También “Los Estados Unidos en la política mexicana”. *Estrategia*. México, año XI, Vol. 3, N°. 63, mayo-junio de 1985, pp. 1-15 y otros trabajos. Es muy difícil calcular con suficiente seguridad el monto de esa exportación neta por los conceptos señalados, pero no parece exagerada una cifra, es 1980-1987, del orden de los 130 mil millones de dólares o más.

que es la base de cualquier arreglo de pagos, renegociación de los mismos y obtención de nuevos financiamientos internacionales.

Para que esto sea así cumple un rol determinante, por supuesto, el que las potencias metropolitanas acreedoras conservan su poder para afectar los flujos internacionales no sólo financieros sino también comerciales, turísticos y de trabajo migratorio de un México cada vez más estructuralmente dependiente, no menos que sobre los tecnológicos de tan especial importancia en la etapa actual. El capital trasnacional cuenta asimismo con el apoyo de una burguesía y sobre todo una oligarquía que no es capaz de desarrollarse con independencia, para ejercer su dominación también propiamente estructural, en la que la deuda externa es sólo una nueva y poderosa arma pero no la única de las metrópolis y en primer lugar los EUA, para imponer, con la convencida —o acaso resignada— aceptación de clase dominante-dominada y el gobierno, una política antipopular y cada vez menos independiente.

Destacan en esa política, como en otros muchos países, la severa contracción del gasto y de la inversión pública; la disminución sobre todo del llamado gasto corriente y en particular de los servicios sociales para la población, que si bien en países como México se mantienen, por lo menos 'estadísticamente', en expansión, como ocurre con el sistema educacional y algunos otros servicios, es a expensas de la explotación mayor de los trabajadores (de los profesores, médicos y otros de la salud, y de los operarios y empleados que prestan estos servicios). Tales servicios crecen, pero a costillas de su constante deterioro y la intensificación del trabajo, la remuneración cada vez más injusta, la congelación de plazas y aun el despido a quienes los hacen posibles.

Se pretende que el objetivo de la política de contracción del gasto estatal y de los salarios reales —que perdieron más de 50 por ciento en comparación con 1976— es el reducir o eliminar los déficit presupuestales y atemperar o evitar la inflación. Pero ésta, como los déficit presupuestales, se vincula estrechamente al pago de intereses de la deuda externa y cada vez más, también, al de los de la deuda interna que conjuntamente absorbe más del 50 o 60 por ciento del presupuesto del gobierno

federal.¹⁰ Al mismo tiempo los aumentos de precios de los bienes y servicios básicos proporcionados por el Estado —desde gasolina y otros derivados del petróleo, electricidad, carreteras de peaje, transporte ferroviario, aéreo y varios servicios urbanos hasta correo, telégrafos y teléfonos— y la supresión de subsidios al consumo con igual objetivo de reducir el déficit fiscal, así como los incrementos en las tasas de interés internas nominales para acercarlas o situarlas arriba de las tasas inflacionarias, y la devaluación incesante de la moneda nacional respecto al dólar devaluado, que son otros componentes de la política económica 'fondomonetarista', también atizan la inflación que desde 1986 excede al 100 por ciento anual (alrededor de 140 por ciento en 1987).

El pago de la deuda externa, la reducción de los salarios, el 'adelgazamiento' no sólo de cualquier otro gasto estatal no financiero sino de los propios aparatos del Estado, con la privatización creciente y las 'reconversiones' orientadas a la exportación del llamado 'cambio estructural', las facilidades para la instalación de plantas maquiladoras y las inversiones directas de los monopolios trasnacionales, la política cambiaria 'realista' que mantiene subvaluado el peso para facilitar las exportaciones no petroleras, los subsidios a la empresa privada para compensar pérdidas cambiarias y la absorción por el Estado de buena parte de la deuda exterior de ésta, las elevadas tasas de interés con que se procura evitar las fugas de capital o alentar la repatriación de los que salieron del país, todo esto y más sirve al propósito de favorecer a las empresas privadas

¹⁰ En el documento de presentación de los proyectos de leyes de ingresos y de presupuestos de egresos para 1988 enviado el 13 de noviembre último por el presidente Miguel de la Madrid (*Criterios generales de política económica para la iniciativa de Ley de Ingresos y el Proyecto de Presupuesto de Egresos de la Federación, correspondiente a 1988*. Presidencia de la República. México), se asigna una cantidad prácticamente igual al pago de intereses que a todo el gasto 'programable', respectivamente 21.4 y 22.0 por ciento del PIB (cuadro 6), pero reveladoramente se insiste que "En 1988 México seguirá pagando por obtener financiamiento externo neto por un monto moderado, que le permita modular sus flujos de recursos, financiar parte de sus operaciones de balanza de pagos, aprovechar [...] el financiamiento de los organismos bilaterales y multilaterales para el cambio estructural y, sobre todo, aminorar el efecto negativo que tiene la transferencia externa que ha estado realizando el país [...]" (p. 81).

nacionales y extranjeras, facilitar con prácticas 'neoliberales' el que eleven la tasa de ganancia inviertan.

Algo que esta política económica siempre oculta es el papel principal que en el proceso inflacionario cumplen las ganancias capitalistas, principalmente las monopólicas, las cuales en la etapa en que vivimos aumentan precios para compensar la caída de las ventas aunque muchas otras empresas, particularmente pequeñas y medianas, experimenten grandes y crecientes dificultades. Pero lo que no se alcanza a ocultar del todo es el auge de las ganancias extraordinarias, derivadas de la especulación cambiaria, comercial y financiera que la actual crisis y esta política económica propician como nunca antes y que en México, como en otros países y en las propias metrópolis, alejan cada vez más la menguada inversión de capital de la esfera productiva.

Una política salarial despiadada, el estancamiento de la producción, el aumento del desempleo y del subempleo, el deterioro de los niveles y de la calidad de la vida de las mayorías del pueblo trabajador, la especulación rampante, la aún mayor concentración del ingreso, la creciente desigualdad social, sectorial y regional, la inflación galopante y las devaluaciones más grandes de toda la historia del capitalismo mexicano, la 'economía subterránea' proliferante y a la vez en la superficie y a la vista de todos, el cierre de plantas y al mismo tiempo la prosperidad de ciertas empresas y de una minoría social, la descapitalización del país así como la pérdida constante de la soberanía nacional y popular, son hechos que nos acompañan como parte de una 'normalidad' —podríamos decir— que en los últimos cinco o seis años se nos impone para cubrir los servicios de la deuda externa e interna y facilitar la reproducción del capital mediante las fórmulas del 'neoliberalismo'. Las leyes del capitalismo han desbordado más que nunca las fronteras de la formación social mexicana por el poder del capital monopolista de Estado trasnacional, que para la clase dominante-dominada es incontestable. La operación de dichas leyes dentro de esas fronteras se subsume cada vez más en la acción de los monopolios trasnacionales y los Estados metropolitanos, a lo largo y a lo ancho del sistema.

En los últimos cinco años México ha pagado alrededor o más de 55 mil millones de dólares por intereses de la deuda externa, sin contar amortizaciones, la cual si bien a un menor ritmo se incrementó aún más a partir de diciembre de 1982, cuando se inició el actual gobierno (en más de 25 mil millones de dólares). Lo pagado por intereses en este lustro equivale a más de la mitad del saldo de 1987 y a más de dos tercios de la deuda pendiente de pago al terminar el gobierno de José López Portillo el 30 de noviembre de 1982, y a más del 100 por ciento si se considera su valor real en los mercados financieros internacionales, según informaciones de prensa. Una parte indeterminada corresponde al pago de intereses sobre intereses capitalizados, y en total representa quizás un 50 por ciento de lo que ha sido la inversión bruta total efectivamente realizada en el país y puede decirse con cierta seguridad que equivalen a la inversión neta.¹¹

Desde luego el de la deuda externa e interna no es el único problema de la economía nacional. Pero es cada vez más evidente que sin atacarlo a fondo suprimiendo o al menos reduciendo tan gravosa exacción de recursos, es imposible que México pueda ensanchar el proceso de acumulación de capital, elevar la productividad y la producción, estabilizar su moneda, combatir la especulación fortalecer la economía popular y recuperar la soberanía sobre su política económica. En el último quinquenio no sólo se ha retrocedido sino que las inversiones efectivamente realizadas, en lo fundamental privadas, tienden a concentrarse en las actividades y empresas lanzadas a la 'reconversión exportadora', es decir, en los monopolios nacionales y extranjeros y las maquiladoras dependientes de estos últimos, favorecidos por las devaluaciones, los muy mermados salarios reales y diversos mecanismos de la política económica vigente.

¹¹ La inversión estatal descendió del 7.7 por ciento del PIB en 1982, año en que estalló la no superada larga recesión actual, a un 4.5 en 1986 y 1987 y se prevé de 5.1 por ciento en 1988. Misma referencia de la nota anterior (Cuadro 4).

La contrucción de la alternativa, un problema político

Si el problema, decíamos, es sobre todo político, en el mundo de hoy y con especial significación para nuestros países que no son imperialistas, no tienen bases militares en territorios ajenos ni imponen sobre otros sus propios intereses, es preciso considerar la política económica tomando en cuenta aspectos nacionales e internacionales de la correlación de fuerzas, en las que se concretan las posibilidades de imprimir a aquélla una determinada orientación y de allanar obstáculos, para lo cual siempre es indispensable tener claridad sobre los marcos del sistema y de sus leyes de desarrollo.

Nos enfrentamos a una realidad internacional en que impera una estrategia del capital financiero de las metrópolis, cuyo poder en el sistema es avasallante, es el eje de todas las relaciones exteriores de nuestros países y el principal enemigo de los cambios de fondo, y ocupa el lugar central en el funcionamiento de las leyes históricas en la actual etapa del desarrollo del capitalismo monopolista. El capital financiero metropolitano para ejercer su dominación dispone de poderosos instrumentos: el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial, el Club de París y los mil mecanismos de presión bilateral y 'multilateral' —en verdad todos unilaterales—, con los que predomina sobre nuestros países. Pero vivimos en un mundo que no es sólo capitalista e imperialista, también existe el socialismo, el Movimiento de los No Alineados y los problemas comunes de todos.

Aun en las metrópolis del capital financiero no deja de haber preocupación por los efectos de la imposición de las actuales políticas 'neoliberales' sobre América Latina y el Tercer Mundo. Desde 1982 Henry Kissinger, el importante estratega e ideólogo del imperialismo norteamericano, por ejemplo, advertía: "[...] el argumento de que los países extranjeros pueden ser sujetos de crédito siempre y cuando implanten medidas de austeridad del tipo [de las] que se les puede pedir a los países prestamistas, es no comprender la naturaleza de muchos países en desarrollo [...] la posición de la condicionalidad del Fondo Monetario Internacional puede ser una cura peor que la enfermedad (y atrofia) [que...] puede producir inestabilidad

[...] conducir a condiciones revolucionarias o crear una clase de cinismo en que las condiciones son aceptadas, pero nunca ejecutadas [...]"¹² Desde entonces la situación en estos países ha empeorado, y las preocupaciones externadas por el exsecretario de Estado del gobierno de Nixon tienen mayor razón de ser, por el mantenimiento a ultranza de esas políticas.

Las potencias acreedoras —los banqueros y los Estados— imponen una situación en la que entre otras cosas, permanentemente sólo se acepta la negociación bilateral de los acreedores con los deudores aislados unos de otros, impidiendo su concertación, situación que los gobiernos de los países hasta ahora han aceptado, desde luego también el gobierno mexicano. Por el predominio financiero, comercial y técnico de las metrópolis que caracteriza al *viejo* orden económico internacional, y por lo tanto la subordinación estructural, congénita de nuestros países, abrumados por su necesidad objetiva de recursos financieros y técnicos y de mercados para sus productos de exportación, todo concentrado por los monopolios transnacionales. Su condición de deudores sin capacidad de saldar la deuda los hace más vulnerables y los gobiernos hegemónizados por las clases dominante-dominadas, no sin regateos pero casi sin chistar optan por cubrir enormes intereses y acogerse a las condiciones establecidas por los acreedores, o sea las 'políticas de ajuste'.

Así, México y otros muchos países son empujados a modificar su inserción en la división internacional de trabajo en el sistema, en nombre del 'cambio estructural', la 'reconversión industrial' y la 'modernización', que el capital monopolista transnacional impulsa orillado por la revolución científico-técnica. Hasta hoy la respuesta política gubernamental en el plano internacional —multilateral propiamente— de los países endeudados, ha sido muy débil. En América Latina hemos tenido una declaración de Quito, un Consenso de Cartagena, un Grupo de los Ocho que suma a los cuatro gobiernos de Contadora y a los cuatro de Lima o Grupo de Apoyo, hace

¹² Henry Kissinger en la conferencia "Threats to the Industrial Democracies in the 1980's". Washington, D.C., 20-21 de septiembre de 1982. Tomado de René Villarreal, *La contrarrevolución monetarista...*, Ob. cit., p. 85.

unos meses instituyó el llamado Mecanismo Permanente de Consulta y Concertación Política y tiende a convertirse en un cuerpo latinoamericano que, como todos sabemos, a la manera del SELA y otros organismos excluye a los EUA y empieza a tener una creciente participación en cuestiones económicas. Pero aun esta situación empieza a cambiar. Los presidentes de estos ocho países que se congregan en Acapulco, México en este noviembre, en una reunión sin precedente, marca un hito; en su agenda tienen ya no sólo la grave situación política centroamericana causada principalmente —lo sabemos todos— por el intervencionismo y las agresiones imperialistas de los Estados Unidos, a Nicaragua en primer lugar, sino también asuntos económicos como el de la deuda exterior.*

Más aún, en la última asamblea del Fondo Monetario y del Banco Mundial que ya mencioné, se formó una suerte de asociación entre los gobiernos de Argentina, Brasil y México, los mayores deudores de la América Latina, que por sí sólo representan el 60 por ciento del total latinoamericano y alrededor del 25 por ciento de toda la deuda del Tercer Mundo. Pero lejos de actuar enérgica y decididamente conforme a la propicia correlación internacional de fuerzas, el fracaso del reaganismo económico 'neoliberalista' que en este 1987 se evidencia con el 'Irán-contra-gate' y el *crack* de las bolsas de valores, los gobiernos de estos tres países, quizás llevados por una necesidad táctica reveladora de su debilidad, se apresuran, como

* Tres días después de clausurado el Congreso de la Asociación de Economistas de América Latina y el Caribe, en la Habana, los presidentes de Argentina, Brasil, Colombia, México, Panamá, Perú, Uruguay y Venezuela, en una reunión de alcance histórico que abre nuevas vías a la concertación latinoamericana, al concluir sus trabajos dieron a conocer el Compromiso de Acapulco para la Paz, el Desarrollo y la Democracia, en el cual entre otras cosas se establece: "Es necesario traducir en hechos la fuerza de nuestra solidaridad. De ahí que los ocho jefes de Estado [...] coincidamos en el propósito de contribuir a la definición de un proyecto de desarrollo de América Latina y el Caribe, cuya forja sea la concertación y la integración para la paz, la seguridad y el bienestar social"; "Tenemos una clara conciencia de la urgente necesidad de fortalecer la integración y la cooperación regionales". Sobre la deuda externa plantean su reducción a sus valores reales en el mercado financiero internacional (entre un 30 y un 60 o más por ciento abajo de sus valores nominales ficticios), la limitación de las tasas de interés y desvincular las renegociaciones del FMI y el Banco Mundial y revisar a fondo las políticas impuestas por estos organismos. Tomado de la versión publicada por *La Jornada*. México 30 de noviembre de 1987.

en Cartagena y en otras partes, a aclarar que no tratan de constituirse en un 'club de deudores' que multiplique su capacidad de negociación frente a los acreedores, necesidad que se antoja inaplazable ante la obstinación y la dureza de estos últimos, causantes de incontables y prolongadas penalidades para nuestros pueblos y de una mayor inestabilidad política y social. Desde luego las propias metrópolis y el FMI han tenido que suavizar un tanto su estrategia, inventar esquemas generales en gran medida fracasados como el Plan Baker —aun en México— ante la asfixia que objetivamente impide 'crecer y pagar', pues ... sólo queda el pago.

Un aspecto de la perspectiva internacional que no podemos ignorar es la de ahondamiento y continuación de la crisis capitalista actual. En este 1987 las previsiones son de disminución de un ritmo de crecimiento aún mayor en los EUA y en los países europeos. Las últimas estimaciones de la economía norteamericana señalan que el crecimiento del 3.1 por ciento previsto para este año se reduce a apenas un 1.5 por ciento. En una perspectiva de recesión de las metrópolis las complicaciones para la economía mexicana y de los demás países latinoamericanos, las complicaciones más concretamente para la exportación, serán aún más graves. Se enfrentará necesariamente un mayor proteccionismo y abatimiento mayor de precios para muchas de nuestras exportaciones por la disminución de la demanda de nuestros productos y su creciente sustitución por sintéticos. Por lo tanto cabe esperar no sólo que se intensificarán en forma creciente los problemas de un pago de intereses de una deuda que no disminuye sino que se incrementa y es realmente impagable, sino que el desarrollo económico nacional se volverá aún más precario, desigual e injusto. Esto y más, si no se revierte el proceso con una distinta política económica apoyada en las mejores fuerzas del mundo.

Cuando la aguda fase de la crisis actual en México, que perdura hasta hoy, y apenas se anunciaba con la macrodevaluación monetaria de febrero de 1982 (la cual a su vez marcó el camino hacia la suspensión del pago de la deuda externa en agosto y a la política 'de ajuste' implantada desde diciembre de 1983), un sobrio economista mexicano que no se distingue por su radicalismo, escribió lo siguiente: "No obstante la influencia

del pensamiento monetarista y a la vez favorable a la apertura comercial y financiera, los problemas coyunturales [con mayor razón los estructurales, añado] no se pueden resolver con simples medidas encuadradas en el enfoque de esta escuela, pues en toda situación hay factores estructurales que no se pueden atacar restringiendo la demanda ni mediante cambios marginales en los incentivos, la tributación y los precios relativos o por medio de manipulaciones monetarias y financieras¹³.

A la luz de lo acontecido en México donde la política de apertura comercial y a la inversión de las trasnacionales ha vuelto al país más dependiente, los correctivos monetarios y cambiarios produjeron la peor y más prolongada inflación de nuestra historia (con excepción de un año o dos durante la fase armada de la Revolución Mexicana, en la segunda década del siglo) y la devaluación del peso que durante algo más de 22 años, hasta agosto de 1976, se cotizaba en 8 centésimos de dólar y todavía en noviembre de 1982 en 1 centésimo, hasta caer por estos días a 4 diezmilésimos de la muy devaluada divisa norteamericana, la política salarial y de gasto público cercenó los salarios por la mitad, redujo radicalmente la inversión estatal, sin que la inversión privada logre reemplazarla ni cuantitativa ni menos aún cualitativamente, incrementó el desempleo abierto como en ninguna fase anterior, y el 'neoliberalismo' ha propiciado las fugas de capital y la especulación con capital ficticio en forma inaudita hasta estallar en el *crack* de la Bolsa Mexicana de Valores de hace unas semanas, a la luz de todo lo anterior, cito, estas otras palabras de Víctor Urquidi, a quien pertenece la transcripción del párrafo anterior, son aún más actuales para quienes participamos en este Congreso en La Habana: "[...] incumbe a los economistas de América Latina afinar sus concepciones acerca del funcionamiento real de las economías y cerca de las opciones futuras". El funcionamiento real de la compleja crisis capitalista nos obliga a redoblar el paso para encontrar las opciones futuras a la dominación coligada del capital monopolista de Estado trasnacional y nacional, contando

¹³ Víctor L. Urquidi, "La situación económica internacional y la perspectiva de desarrollo de América Latina". *Comercio Exterior*. Banco Nacional de Comercio Exterior. México, Vol. 32, N° 3, marzo de 1982, p. 231.

ahora con la perspectiva que nos brinda la nueva correlación mundial de fuerzas.

Tenemos que entender que tanto en el plano internacional como en el nacional, el problema de la política económica de la cual el pago no de la deuda externa es sin duda un aspecto importante, no es sólo de los gobiernos, lo mismo que no es de ningún país aislado y menos de uno como México tan subordinado estructuralmente al capital trasnacional. Un primer paso es contribuir a que se comprenda que es un problema que concierne de manera muy directa a quienes realmente cubren los monstruosos intereses: los trabajadores y los pueblos. Necesitamos hacer conciencia de que el Nuevo Orden Económico Internacional, que fuera proclamado por las Naciones Unidas desde 1974 como un objetivo mundial para sustituir el viejo orden que hizo posible la inequidad de la deuda del Tercer Mundo, y naturalmente una genuina integración latinoamericana y caribeña, sólo podrán llegar a concretarse mediante la movilización política obrera y popular, organizada e independiente en cada uno de nuestros países, sobre todo en los mayores, más endeudados y con una mayor responsabilidad histórica, como México. Sólo si los propios pueblos toman el objetivo de cortar el drenaje de tributos al capital trasnacional y el de avanzar hacia el NOEI en las relaciones mundiales, continentales y regionales como cosa propia, para obligar a sus gobiernos a asumir una posición enérgica y consecuente, a reforzar un sólido frente internacional de países deudores sometidos, a avanzar hacia una integración latinoamericana que no sea coto del capital trasnacional y a modificar radicalmente las bases y orientación de las políticas económicas de sus respectivos Estados.

En tanto esto no se logre las tendencias instituidas no auguran nada bueno: renegociaciones eternas pero siempre para el pago de la deuda externa, con ajustes a los plazos para amortizar el capital y mínimas reducciones de intereses que sin embargo nuevamente tienden a aumentar, porque especialmente en los EUA aumentan las presiones de hechos económicos objetivos que el 'neoliberalismo' no resolverá jamás y que en cambio ha profundizado. Las presiones contra los países deudores —aun a los más acoplados a las reglas del FMI, el Banco

Mundial y del Plan Baker, como México— aumentarán, como también se intensificarán las calamidades del pueblo.

La apertura al comercio y las inversiones de las trasnacionales, y la pérdida de la soberanía nacional en cuanto al fundamental diseño y definición de la política económica, son hechos palmarios del 'cambio estructural' en curso. El avance del proyecto trasnacional dentro de México encuentra el camino pavimentado por la oligarquía monopolista interna y por la política económica en marcha, que no actúa para contrarrestar o suavizar el funcionamiento de las leyes generales del capitalismo monopolista. Vivimos, en una palabra, un proceso con graves y aún impredecibles en todas sus consecuencias, que cada vez con mayor evidencia se expresa en la mutación del nuestro en un país 'maquilador', en el precedente —todavía poco significativo— de la cesión de capital de las empresas endeudadas a las trasnacionales (unos mil millones de dólares, de una deuda de unos 108 mil millones), y en la puerta bien abierta para que éstas inicien nuevas actividades en el país, proceso que no las 'fuerzas del mercado' sino únicamente las fuerzas populares patrióticas organizadas podrán segar.

La participación del pueblo, la clave

Una vez más es perentorio atender el llamado de Martí: "[...] Jamás hubo en América, de la independencia acá —escribió en 1889—, asunto que requiera más sensatez, ni obligue a más vigilancia, ni pida examen más claro y minucioso, que el convite que los Estados Unidos potentes, repletos de productos invendibles, y determinados a extender sus dominios en América, hacen a las naciones americanas de menos poder, [...] para ajustar una liga contra Europa, y cerrar tratos con el resto del mundo".¹⁴ Como quedó esbozado en páginas anteriores el mundo se transformó hasta el último de sus rincones. Con el desenvolvimiento del capitalismo monopolista los EUA lograron

¹⁴ "3° Congreso Internacional de Washington. Su historia, sus elementos y sus tendencias". Carta a *La Nación* de Buenos Aires, 2 de noviembre de 1889. *Obras completas*, Tomo 6. *Nuestra América*, edición citada, p. 46.

en gran medida aquel objetivo de aislar a los países de Latinoamérica y el Caribe, entre sí y "con el resto del mundo", trasnacionalizando nuestras sociedades. El imperialismo, el capital monopolista no es simplemente una política ni un fenómeno sólo externo sino cada vez más interno, incrustado en lo más profundo e imbricado con la base económica y la superestructura social de nuestras naciones, en particular en aquellas que como la mexicana son un polo de atracción importante para los consorcios monopolistas estadounidenses y vinculadas en forma subordinada por multivarias relaciones, en todos los planos, con esa potencia. Se han ampliado un tanto, es cierto, los lazos económicos interlatinoamericanos y en algunos casos con países del Tercer Mundo, pero a menudo más por el impulso de las propias trasnacionales, y aparte de Cuba y ahora Nicaragua, pocos comercian o han comerciado con los países socialistas. El grueso de las transacciones se efectúan con las metrópolis del capitalismo con las consecuencias vistas, sin compadecerse con los cambios, las necesidades y las posibilidades del mundo de hoy, cuya cristalización en realidades más justas es apremiante por la crisis.

La política económica que nuestros países requieren necesita corresponderse con las realidades de este cambiado mundo. Las leyes económicas crean condiciones objetivas y marcan rumbos que la política económica, entendida como la resultante de una voluntad social que se concreta en una correlación dada de fuerzas, dejan márgenes para una acción contrarrestante, con el propósito de proteger a las mayorías del pueblo trabajador, no aplastarlas y reforzar la soberanía nacional, no minarla. Estas posibilidades en el mundo de hoy son sin duda más amplias y concretas por los desplazamientos habidos en la correlación internacional de fuerzas, para abrir y no "cerrar tratos con el resto del mundo", con el 'segundo' socialista y el propio Tercero subdesarrollado, y al mismo tiempo lograr equidad en los tratos con el 'Primero' que ha conformado nuestra situación neocolonial. La alternativa es continuar sumidos y ahogarnos más en el destino que nos depara la ofensiva trasnacional. Por esto, de Martí tomemos estas otras palabras: "Los peligros no se han de ver cuando se les tiene encima, sino cuando se los puede evitar. Lo primero en política, es aclarar y prever. Sólo

una respuesta unánime y viril, para la que todavía hay tiempo sin riesgo, puede libertar de una vez a los pueblos españoles de América de [...] la política secular y confesa de predominio de un vecino pujante y ambicioso, que no los ha querido fomentar jamás [...]. No olvidemos, sobre todo esta sentencia martiana: "De raíz hay que ver a los pueblos, que llevan sus raíces donde no se les ve [...]"¹⁵

Son los pueblos los que tienen la palabra. En el plano nacional su presencia vigorosa es indispensable para que la política económica no siga las pautas señaladas por el capital monopolista nacional y extranjero coligado, sino que se oriente a realizar las profundas reformas económicas y sociales requeridas para fortalecer el proceso de acumulación y la producción agrícola e industrial con un sentido nacionalista, elevar los niveles y la calidad de la vida de las mayorías, ensanchar los servicios básicos, liquidar la inflación, detener el proceso devaluatorio que convierte en humo nuestra moneda, erradicar la especulación, incorporar las tecnologías más adecuadas a sus condiciones históricas, democratizar a fondo la sociedad en todas las instancias de la vida colectiva, preservar y desarrollar la cultura propia y ejercer plenamente su soberanía popular, que en esencia también es la de la nación. Un aspecto fundamental de una política económica estatal alternativa es la muy decisiva de las bases, naturaleza, propósito y orientación del Estado mismo, que sólo modificará radicalmente su acción para reorientarla hacia esas reformas en favor de la soberanía nacional y del pueblo, cuando éste participe activamente en la toma de decisiones y al menos influya en forma decisiva sobre el curso de la política económica.

Reiterémoslo: ningún país aislado puede por sí mismo resolver problemas como el muy acuciante de la deuda con la banca transnacional, enfrentarse con éxito al capital imperialista si se queda solo. En el mundo de hoy están abiertos grandes surcos hacia una verdadera cooperación internacional por el proceso mismo que hizo más interdependientes a todas las naciones dentro de cada sistema y a ambos sistemas entre sí, empezando por las condiciones necesarias para evitar la guerra nuclear

¹⁵ *Ibidem*, pp. 46-47.

—y aun la convencional—, propósito insoslayable que requiere el concurso de los países capitalistas y los socialistas. En nuestro sistema los países subdesarrollados crearon el Movimiento de los No Alineados, al "Grupo de los 77" y organismos regionales propios llamados a cumplir un más importante papel. Y aumenta la posibilidad de crecientes relaciones con un sistema socialista más estable, que en los próximos años incrementará, diversificará y mejorará la calidad de su producción, y a su vez requerirá intensificar sus intercambios con el Tercer Mundo, sobre bases muy distintas que las impuestas por los consorcios transnacionales en el viejo orden internacional, cuya solidez es puesta en entredicho por las contradicciones de la crisis actual. Tampoco los trabajadores aislados entre sí y de otros sectores del pueblo, podrán incidir a fondo en la situación para alterar en su favor la correlación interna de fuerzas para lograr una muy distinta política económica. El gran desafío frente a nosotros es el de lograr una creciente unidad de las fuerzas del pueblo en cada nación y en el conjunto de Latinoamérica, presionar con ese propósito común con toda nuestra fuerza, objetivo para el que ahora existen mejores bases de apoyo y el momento internacional y nacional, tras de seis años continuos de aguda crisis, es propicio. De las contradicciones de la realidad surgen posibilidades para una rectificación importante en la orientación de los Estados nacionales, por el debilitamiento del hegemonismo norteamericano y la maduración política interna, por las necesidades objetivas del sistema y los límites impuestos por las leyes del desarrollo, que en la práctica ponen las cosas en su lugar, las despojan de sus valores ficticios y las exhiben descarnadas, como problemas reales, como son: problemas que no son irresolubles si media la voluntad política y las naciones y pueblos dan los pasos para atacarlos en sus raíces.

Concretamente en México se advierte un despertar de conciencias y un reclamo mayor de sectores populares por encontrar caminos que no sean los de la repetición mecánica de lo que los gobiernos nacionales hasta ahora han hecho, ni los de la reiteración de desgastadas prácticas políticas, entre quienes se esfuerzan por una política económica nacionalista, popular y democrática. Consolidar, abrir cauces organizados y desarro-

llar esa conciencia es la tarea impostergable del ahora, en la cual los economistas más comprometidos con su pueblo podrán hacer un valioso aporte si aplican su ciencia con creatividad y rigor, son fieles a su convicción patriótica y democrática, y se funden con los pueblos en las luchas por rescatar la soberanía popular y nacional.